

## LOS NUEVOS REBELDES

Por el Académico de Número  
Excmo. Sr. D. Francisco Murillo Ferrol \*

Ignoro cuál será la edad a partir de la que se podrán infligir inquietudes autobiográficas a un público inocente. Perdonen, porque como es natural yo estoy lleno de dudas y de ignorancias. Se pasa uno cincuenta años predicando *ex cathedra* para terminar ahora dudando de todo. No me siento seguro de casi nada.

Temo que lo nuestro nacional es la desconfianza. Nuestras rivalidades religiosas, las expulsiones y persecuciones, judíos, moriscos, conversos, Inquisición, bandoleros, forman un estremeceador universo de desconfianzas y recelos. Algo tendrían que decir los procesalistas analizando al respecto nuestros sistemas judiciales. Recuerdo que lejanamente, de estudiante, me llamó la atención la ley de Enjuiciamiento Civil de 1881, ahora recién sustituida, por su ostentosa e insistente preocupación de tabernero barato: a cada paso me parecía que preguntaba, ¿quién paga esto?

En nuestra lengua, por ejemplo, necesitamos dos signos de interrogación, mientras al inglés y al alemán les basta con uno. La propia estructura lingüística en ellos advierte al prójimo que vamos embarcados en una frase interrogativa. En castellano hay que avisarlo de antemano: ¡Ojo, que me dispongo a preguntar!

De no anunciarlo, pudiéramos creer que se trataba de una afirmación o lo que es más peligroso, de una promesa. Por modo indirecto se apunta que desconfiamos del interlocutor. Le pedimos, por tanto, que eche por delante sus heraldos

---

\* Sesión del día 30 de enero de 2001.

y pendones, de afirmación o duda, de admiración o rechazo. ¿Habrá algo más desconfiado que los condicionales castellanos o las múltiples acepciones del término condición? No acabamos de fiarnos unos de otros y ahí están, si no, repetidos pasajes del Quijote, por no emigrar a la novela picaresca.

Todo ello bien distante por cierto del profesor británico de Lógica matemática, fallecido hace poco, Willard Quine, que se encargó una máquina de escribir sin signo de interrogación, porque estaba destinada sólo a teclear certezas. Enviémosle.

Atosigados (como *tósigo* y como *abrumados*, *acorralados*), por los medios de información tenemos la sensación de que la gente anda preocupada acaso más que nunca, con el fin. No tanto el final colectivo del milenio, a los Josafat, cuanto al término irremediable de cada vida particular. Diríase que vivimos una vida que nos pone delante a cada momento su fugacidad y acabamiento. Quizá porque nos muestra el término seguro, aunque incierto, de cosas que nos están siendo gratas más que nunca. Y acaso más todavía porque el avance tecnológico promete un futuro aún más grato, pero al que cada uno teme no poder alcanzar.

Las noticias (¡cómo se echa de menos el castizo *nuevas*, buenas y malas nuevas, de nuestra lengua que el inglés no ha perdido!), sin embargo, agobian tanto a sus profesionales que conducen inevitablemente a lo que fue siempre, como es sabido, la tarea del redactor jefe: separar el grano de la cizaña con el fin de publicar la cizaña, naturalmente. O sea, las malas noticias de las agradables, con el fin de publicar sólo aquéllas. (Quizá ocurra que nosotros, el público, los receptores, prefiramos las desagradables, de puro estragados.)

Los países desarrollados o como quiera llamárseles existen en una densa troposfera de pésimas noticias, que paradójicamente envuelve lo que al parecer es el mejor de los mundos posibles. Este es el tósigo permanente a que me refería. Vivimos tan felices como queramos, pero ha perecido la posibilidad de dar albricias porque ya no hay buenas nuevas. Al contrario, hoy se añora a veces el viejo uso de matar al mensajero.

Tal vez por todo ello se advierte en la literatura periódica o novelística actual esa preocupación por el fin, el acabamiento de todo ser, que acaso nos llevaría a pensar en una ascética y secularizada visión para andar por casa.

Es acaso lo que lleva a apuntalar viejos pilares derruidos: la primera comunión en los juzgados o, más recientemente, el bautizo por los alcaldes. En una

sociedad desorientada y confusa sobre los valores son los regatos inciertos de las conductas los que denuncian a veces pautas subyacentes. Como hace poco recordaba aquí Sabino Fernández Campos, cierto número de antiguos objetores de conciencia solicitaron su admisión en las pruebas para el ejército profesional.

Rebeldía. Siempre hubo rebeldes. [Incluso rupestres, ¿por qué no?]. Cada época, cada tiempo tiene quizá su propio modo de rebeldía. hacia abajo. De haberla, se llamaría de otra manera. Todos, incluso los rebeldes, confesemos tener esa dermis sensible a la rebeldía, de los demás se entiende. Por ello, la especie es inextinguible y se halla más o menos larvada en todas las circunstancias.

Pero dejemos estas consideraciones generales que, como es sabido, casi siempre resultan falsas. Lo que parece cierto es que en 1989 derribaron el famoso muro de Berlín y en 1991 se desmanteló aparatosamente la construcción soviética.

Así el que parecía fracaso histórico de lo que se dio en llamar el socialismo real dejaba libre de manos al capitalismo, que veía hundirse los factores que venían erosionando sus posibles legitimaciones y, por tanto, sus pretensiones.

Ha transcurrido una década y en ella no podrá tener queja el capitalismo de sus avances y expansión. Sea lo que sea lo que quiera decirse con ellos, los términos *privatización* y *globalización* han sido usados y abusados desde entonces.

Es cierto, sin embargo se habla cada vez en voz más alta de la pervivencia pese a todo de la vieja utopía socialista. Inmune, se dice, a las erosiones fácticas de la historia, incluso las de tal calibre como las del pasado soviético. Sigue sorprendiendo la capacidad del ser humano para aferrarse a toda suerte de ilusiones y esperanzas. Casi tan grande como la de rebelarse y rechazar otras, o combatir las de los demás.

Aquí sólo quiero referirme a formas de rebelión expresamente anticapitalista que llaman la atención en nuestro momento. Las hemos ido viendo en la prensa diaria y en los otros medios.

Los *targets* de las agresiones rebeldes eran inequívocos y expresos. En noviembre del 1999, Seattle, en el Estado norteamericano de Washington, es el escenario de una revuelta tan violenta que impide la reunión de la *World Trade Association* convocada para aquellos días. La descarga de agresividad, con piquetes y gritos explícitos contra la globalización capitalista, es tan fuerte que los periódicos americanos usan palabras, anarquía y anarquismo, que no se solían ver en

ellos desde muchas décadas antes, acaso desde el asunto de Sacco y Vanzetti. En abril del 2000, la escena se repite en Washington, DC, con motivo de la reunión reglamentaria del Fondo Monetario Internacional y del Banco Mundial. Ahora las instituciones están prevenidas y con gran despliegue de la policía pueden celebrar las reuniones previstas, pero sin ahorrarse disturbios y destrozos considerables, más en las cosas que en las personas, con ser elevado el número de heridos y detenidos.

Más tarde en Praga. Aquí la amenaza se prevé tan fuerte que se adoptan medidas muy amplias con antelación. El Ministerio checo del Interior llega a calcular entre 20 y 25.000 los posibles agitadores por llegar, ante la reunión en septiembre del Banco y del Fondo. Se teme que sea la invasión más numerosa desde la llegada del ejército ruso en 1968. Hay incluso un intento de promover el diálogo previo, suscitado por el presidente Vaclav Havel. Las reuniones financieras tienen lugar, con el consejo a los congresistas de que no llevaran a sus esposas; pero no se pueden evitar la agitación violenta y los destrozos.

Entre los días 7 y 15 de diciembre último en Niza, donde se reúnen bajo la presidencia francesa los jefes de Estado y de gobierno de la Unión Europea e invitados se repiten los actos de violencia. Luego han sido Davos y alguna localidad brasileña. Ahora se amenaza con un primero de mayo «global» y nuevas protestas violentas en septiembre del 2001 en Washington, DC. Ciertamente, el ritmo cuasi sideral de las reuniones financieras ofrece prácticamente hecho el calendario a esta vieja forma de rebeldía renovada para nuestro momento. «Ataque contra la globalización», como rezaban los primeros carteles de Seattle. Parece sin duda que la rebelión anda tan «globalizada» como los adversarios que pretenden combatir.

Ahora bien, la reacción violenta contra esa forma actual del capitalismo que es llamada globalización se lleva a cabo por gentes de muy diversa especie. Junto a individuos de temple radical que se unen a veces como *espontáneos* a las acciones, lo normal parecen ser grupos de tendencias en sí muy diversas. Anarquistas, feministas, neocomunistas, sindicalistas, estudiantes que tal vez se aleccionaron en los *campus*, «*okupas*» o *homeless* y por supuesto ambientalistas, de los que después diré algo. En resumen, la turba de los *malcontentos*, que hubiera dicho don Francisco de Quevedo, incluyéndose entre ellos a menudo.

Suele preceder, parece, la convocatoria en un centro de convergencia y se supone un adiestramiento previo para conseguir la «protesta civil» de mínima violencia contra las personas. Sí, en cambio, contra las cosas, especialmente las que son símbolo y bienes lujosos del capitalismo. Se convocan y arrastran los que se

estiman «grupos de afinidad», como equipos de teatro callejero, portadores de disfraces y muñecos policromos, fabricantes de ruidos, piquetes, artesanos de los *graffiti*... Toda una heterogénea aunque coincidente muchedumbre que se aplica con entusiasmo a mostrar su descontento, levantar barricadas, asaltar bancos y comercios, destruir mobiliario urbano y, a la postre, saquear lo que se pueda «para devolver al pueblo lo que es suyo». En resumen y simbólicamente, la política del *vitre cassée*, no hace mucho estudiada por Roché.

Ahora bien, pudiera intentarse señalar algunos rasgos que perfilarán estos movimientos de nuestro tiempo.

1.º Existe la posibilidad más que globalizada de convocar y citar con inusitada rapidez y eficacia a grupos muy distantes mental y geográficamente. No voy a descubrir ni a elogiar aquí a Internet. Sin duda es lo que ha permitido las rápidas concentraciones de Seattle a Niza y Davos en el aspecto logístico [perdón por la pedantería], pero también el acorde sobre intenciones y comportamientos, con las correspondientes isobaras de fervor y entusiasmo. Hemos de habituarnos a percibir que la supuesta «virtualidad» de ese mundo virtual por definición que es la informática, puede estar destinada a producir realidades pétreas y a veces, como en los casos referidos, contundentes.

[He oído hablar de una «diócesis virtual» en Francia. ¿Cómo irá en ella la «salvación»?]

En todo caso se trata indudablemente de un instrumento de la máxima eficacia y apto en especial para manejar las movilizaciones que nos ocupan ahora. El famoso mito de Sorel no contaba con ello.

2.º La existencia y participación de las organizaciones no gubernamentales (ONG). Naturalmente, ofrecen muchas facetas, como la de su naturaleza jurídica o su entidad económica que no vamos a tratar aquí. Parece que son muchas más que las que suenan de ordinario en la prensa, hablándose de varios millares con la más variopinta ideología. Todas, sin embargo, desde su aparición relativamente reciente parecen haberse erguido (aunque fuesen antiguas como la Cruz Roja) para sustituir al Estado. Para hacer frente a sus posibles fallos, ahora presumibles y temidos por la excesiva presión del mercado capitalista.

Quieren encarnar la *sociedad civil*, eso que desde Hegel (vínculo o esca-lón intermedio entre la familia y el Estado) ha venido concibiéndose como algo no muy preciso, pero bastante plausible. Las ONG pretenden resucitar el asociacionis-

mo voluntario, incluso en zonas como el sur de Europa donde apenas existía diferencia de los países anglosajones y escandinavos, como señaló hace casi una década Robert D. Putnam [*Making Democracy Work*] indicando las diferencias entre el norte y el sur de Italia.

Ahora bien, por las circunstancias de su nacimiento o su desarrollo actuales, aparecen cargadas con el ingrediente de su desconfianza hacia un Estado demasiado capitalista. No pueden dar de lado a que el otro gran componente de la sociedad civil es justamente el mercado. A ello se añade, tal vez inevitablemente la desconfianza por la presumible inhibición e ineficacia del Estado.

Quieren, pues, ser el andamio de la sociedad civil, sustituir a un Estado en quiebra por definición. ¿Pero en el fondo no estará latiendo el miedo a que desaparezca el Estado? Pavor de sentirse a la intemperie sin la protección de lo que venía siendo secular. Tal vez supongan las ONG erigir, o al menos tratarlo, cabañas que nos proporcionen un techo de conciencia tibia, al presentir que se nos viene encima el tejado común.

Está claro que al acogerse a los fondos públicos como intentan hacer con frecuencia traicionan los principios mismos de su nacimiento y desarrollo. Se oye ahora decir que nuestro gobierno anda en preparación de una ley reguladora.

3.º Parece que los nuevos rebeldes (o los de siempre, como se quiera) intentan ostensiblemente enmascarar u ocultar los líderes. Más quizá —creo— que por proporcionarles protección por apaciguar temporalmente la policracia que resultaría de la cooperación de muchos grupos.

¿Habrá, sin embargo, una instancia última que mueva los hilos? Sin duda lo que existe es, podemos suponer, un gran entrecruzamiento de intereses, sin que ahora pueda recurrirse, como antes de 1991, a la tópica referencia a las entidades anticapitalistas «reales», o sea, a las riendas del mundo comunista.

También es confusa la ideología que los mueve. En sus pancartas, *grafitti*, alocuciones lo que más vemos repetido es la enemiga a la globalización. En general, una actitud negativa, *anti*. Nos dice poco; nos preguntamos si los moverá alguna utopía más que la pura negación. En realidad globalización es un nombre flamante. Una palabra que designa una situación capitalista si se quiere, pero vaya usted a saber todavía lo que viene a decir para cada uno. Para cada grupo es especial, viene a ser una fase no sabemos cuán transitoria y cómo de profunda. También pudiera delimitarse por lo que negase o afirmase de situaciones anteriores

vividas o deseadas. Cabe sospechar ¿cuánto habrá de marxismo añejo, larvado, tácito y no necesariamente autoconfirmado? Casi dos siglos intensos no han podido disiparse de la noche a la mañana, cuando habían conseguido encandilar a la muchedumbre de los intelectuales europeos.

Y luego, la transición al gamberrismo, a los cristales rotos a que nos referíamos antes. Entramos entonces en ese proceloso mar teórico del papel ideológico de la violencia. Cabrá utilizarla como retribución. Como venganza. Como castigo justo. Como medio para determinados fines. Como vía de escape a oscuros deseos. Como vereda o trocha de sublimaciones sexuales. Incluso la rebeldía como terapia. Es claro que ni debo ni puedo ahora meterme en este campo.

Pero sí cabrá preguntarse si hay algún blanco mínimo (*target*) en la coral protesta. La desigualdad no nos vale. Es demasiado ambigua en sí y sobre todo para la sociedad actual. Sin duda no se trata de *lucha de clases*, que creo una realidad y una categoría teórica vigentes durante nuestra guerra civil, por ejemplo. Ahora, muy a distancia, los rebeldes no son en sí famélicos; puede que protesten pensando en los africanos, los verdaderos condenados de la Tierra, de Franz Fanon, el psiquiatra rebelde. Pero hoy, un joven contestatario altruista de nuestro mundo gasta entre bebidas, música, drogas, harapos de lujo, un presupuesto que para sí hubieran querido los dandies de la época victoriana.

La protesta no va necesariamente unida a la pobreza ni a la carencia; y además tiene lugar frente a una policía civilizada (si es que con esto no estoy construyendo un *oximoron*) que golpea pero no mata. Recordemos las estampas parejas en el siglo XIX.

Existen además la posibilidad de que se estén encarnando al mismo tiempo dos papeles contradictorios. Recordemos a los *yuppies* del gran empuje capitalista de los ochenta. Ejecutivos que vivían con suntuosidad capitalista, los jugos culturales de la revolución de los sesenta. La secularización, el divorcio, el aborto, la liberación sexual, las drogas incluso, elegantemente, pero todo ello unido al máximo respeto a la propiedad, al trabajo empresarial a la jerarquía mercantil, al lujo y consumismo, y por supuesto a los códigos que protegen todo ello. (Quizá recordar *The Bonfire of Vanities*.)

En nuestro momento tiende a repetirse la mezcla de rasgos que solían considerarse contradictorios. Sólo que ahora se pretende haber vaciado de materialismo el estilo yuppi. No es el comportamiento lo que nos distingue de los burgueses, se dice. Sino nuestra justificación por serlo. Al rico convencional su riqueza

za le corrompía el alma. Para el *okupa* hoy, por ejemplo, el dinero es un simple subproducto de su auto-expresión. Diríase, lo dicen, que es modo de *realizarse*. Cuando el *yuppy* trabajaba doce horas lo hacía rindiendo culto a Mammon, el becerro de oro. El esfuerzo del joven actual supone —se dice— obedecer a una visión, una utopía, algo en definitiva solidario. El grosero consumismo de los otros es para él expresión y realización de su buen gusto. Un libro reciente de David Brooks trata de quienes han tomado lo mejor de ambas orillas y los llama Bobos [de *Bourgeois Bohemian*], considerándolos la nueva clase dirigente. (*Bobos in Paradise: The New Upper Class and how They Got There*, Simon & Schuster, 2000).

El famoso tema paretiano de la circulación de las elites [aunque en ocasiones uno se sentiría tentado a hablar mejor de la circulación de los *chorizos*], es ahora más complejo, porque la juventud no puede verse ya por ondas generacionales. Simplemente porque no da tiempo. El ritmo de cambio es más vertiginoso que el de la sucesión de las generaciones. Vandalismo, armas, drogas, sexo, roks, golpean de continuo en oleadas cada vez más frecuentes y desde edades más tempranas. En ciertos aspectos la adolescencia, con sus pudores del «pavo», sus inocencias y sus inhibiciones ha desaparecido. Se salta de la infancia super informada a la mocedad adulta.

En el grupo de gentes airadas que nutren la protesta en nuestros días hay que situar a los ambientalistas, ecologistas o verdes, como con un cierto resabio burgués de chalet y piscina, se llaman a veces. El problema es más complejo de lo que a simple vista parece. Y posee sin duda una dimensión anticapitalista que no deja de hacerse explícita a menudo: se trata de señalar el chivo expiatorio *inmediato* sobre el que cargar los costes del desastre que la aplicación de la tecnología ocasiona constantemente.

Por de pronto habría que ponerse de acuerdo sobre la idea de *naturaleza* de que se parte y cuyo deterioro se lamenta. No puede olvidarse que la naturaleza del Génesis comenzó a transformarse en cuanto hubo un hombre que la percibió con sus sentidos. Y pensar que gran parte de lo que hoy llamamos naturaleza es pura creación cultural. Hay convecinos dispuestos a viajar a otro continente para vociferar contra la extinción del ornitorrinco, pero que no tienen inconveniente en destruir vandálicamente o por descuido el parque cercano a su domicilio, que sí forma parte en verdad de su medio ambiente.

Creo cierto que la pérdida, la transformación es una presencia permanente en nuestras vidas. Incluso cabe preguntarse si no hay demasiado sufrimiento en el mundo, demasiada escasez amenazante. Recientemente, Adam Phillips (*Darwin's*



*Worms*) ha considerado las vidas de Darwin y de Freud y sus preocupaciones para señalar cómo en definitiva *la destrucción conserva la vida*. Mirando a los fósiles y a los sueños medio recordados de Freud, Phillips muestra cómo el envejecimiento, el accidente y la muerte son parte íntegra, no extraña de nuestro sentido de nosotros mismos. Recordemos la bárbara hipótesis de la desaparición de los dinosaurios para explicar el despliegue de unos pequeños mamíferos que van a permitir que nosotros, académicos, andemos ahora aquí perdiendo el tiempo con mi prédica.

Apurando el discurso de la evolución tal vez hemos caído en la obsesión de la *destrucción*. Se nos aparece vivísima la nuda fuerza destructora de la naturaleza. Esto es lo que en el fondo hay detrás de la cultura ecologista, de la capa de ozono, del cambio climático y de tantas monsergas con poca base científica como ahora explotan los periodistas. Se ven y se sienten amenazas. Y nos percibimos (al menos los desarrollados, presuntamente ricos) nosotros mismos como amenazas. Debiéramos volver a preguntarnos: ¿qué tipo de naturaleza es la que queremos? ¿La del Génesis? ¿Es posible alguna «erosión cultural», abandonada a sus solas fuerzas?

Es ciertamente dura la manera de lograrse el equilibrio en esos que llaman «ecosistemas». Y a qué costes. Demasiado comerse unos a otros; demasiado pez chico engullido. No debiéramos pretender sacar de aquí un molde ético. Porque el resultado es acaso un superávit lamentable: demasiado dolor repartido sobre todos, animales y hombres. (¿Por qué quizá no vegetales también?). Habría que ponderar cómo la destrucción conserva la vida y en la clase de vida que la destrucción hace posible. Pensemos en lo que ya supuso la pequeña fogata encendida y aprovechada por nuestros peludos antepasados. Darwin viejo y combatido por sus adversarios y sus infortunios familiares, tiene que descubrir por medio de los gusanos, bajo la tierra, que existen procesos «positivos» de nutrición, en que la naturaleza colaboraba con el hombre en sus esfuerzos para subsistir.

A la postre, si prescindimos de la *infusión* religiosa del alma, el hombre viene preguntándose qué es esa «nada» de que parecemos proceder. Y, correlativamente, ¿qué es la «nada» en que nuestro organismo se disuelve al morir? Si cambiamos las preguntas como hace Dawkins [*Unweaving the Rainbow*]: Todos tenemos que morir, viene a decir, y eso nos hace afortunados. Simplemente porque la inmensa mayoría de los que potencialmente podrían haber sido o podrían llegar a ser, que sobrepasa los granos de arena de los desiertos de Arabia, nunca morirán porque nunca tendrán la suerte de llegar a nacer. Y ya en «El relojero ciego»: Por muchas maneras que haya de estar vivo, es indudable que hay muchas más de estar muerto o, mejor dicho, no vivo.

Dawkins podría preguntarse: ¿Qué es esa nada llena de no vivos? Y pudiera añadir: ¿Y qué esa otra nada «llena» de los que ya vivieron? O sea, la necrópolis infinita de Agnes Heller. El Josafat, la congregación final de todos los que vivieron durante milenios [¿Desde cuándo, por cierto?], aparte del aspecto ético del juicio definitivo, parece que es una consecuencia lógica a que se llega al tratar del hombre. Ya es arduo pensar en la coexistencia simultánea de tantos miles de escalones culturales (Cromagnon, el Cid, Condorcet, Picasso, Jordi Pujol). Pero no lo es menos la aplicación de baremos éticos a la absoluta muchedumbre, asunto del que mi pobre caletre no me permite decir hasta dónde hayan llegado los teólogos en su análisis.

[No sé dónde he leído que en la Antártida se produce cada año un banco de una especie de crustáceos elementales con una biomasa total cinco veces mayor que la de la especie humana. De ella viven incontables otros animales acuáticos y terrestres (pingüinos, por ejemplo). Aquí los científicos se embarcan en los problemas de la cantidad limitada de moléculas que se queden para ellos, naturalmente. Yo sólo me permito recordar la rosa de Coleridge de la que tan buen partido sacó Borges.]

En cualquier caso, y volviendo a *nuestro* cauce, el hombre tiene que seguir luchando por su sobrevivencia, con el castigo de Adán, y ahora también al parecer con el peso de lo que venía considerando la Naturaleza, con mayúscula. Sólo que ahora, tras muchas centurias de entrenamiento, este ladino ser que somos es ya muy hábil para desplazar las cargas. Para hacer compatible la libertad con la irresponsabilidad. Tratamos, a veces con mucho éxito, de buscar instancias responsables; de nacer ya asegurados en todos los aspectos. Recordemos, por ejemplo, las *memory wars* libradas durante años entre los jueces, los psiquiatras y los abogados norteamericanos, con el truco de retrotraer al pasado, a los comportamientos de los padres y abuelos, la responsabilidad de los acusados. Apoyándose en esa memoria confusa e imperfecta que con tanto éxito manipuló Freud.

De aquí la importancia de las llamadas «señas de identidad». Se trata de enmascarar, difuminar las actuales que pudieran hacernos responsables. Acentuar en cambio las señas de identidad pasadas, conformando (parece estar en nuestra mano) el pasado, la historia, a lo que nos convenga.

Para terminar hemos de acudir una vez más al tópico de que lo que condicionará todas las batallas del porvenir será la tecnología. La duda es si podrá humanizarla el hombre, evitando que se le vaya de las manos, en una temible «rebelión de las cosas».

Hacia 1833 o 1834, Eugenio de Aviraneta, ese curioso personaje que tanto le gustaba a don Pío Baroja, formó en Madrid una sociedad secreta llamada «La Isabelina», que se proponía entre otras cosas, dificultar, llegado el momento, la circulación de las tropas, haciendo barricadas con carruajes, bancos y confesionarios.

Ahora, pienso, estamos llegando a la situación de hacer barricadas, si llega el caso (y parece que ha llegado), con ordenadores, los confesionarios de nuestra sociedad.

